

combatía el sensualismo socialista. Tocqueville, el gran escritor de la Democracia en América, demostraba que el socialismo es la reaccion; que la fórmula de la democracia, es la libertad.» Quinet, que es á un mismo tiempo el filósofo y el poeta de la revolucion; Quinet, cuando no pisaba aún el suelo de Francia, decía desde el destierro contestando á los que aseguraban la vulgaridad de que la democracia no sería poder, como no tuviera resuelto el problema social: «Una generación, un pueblo que presentara su dimision de hombres, á pretexto de que el teorema de la geometría social no está resuelto ó está aun por descubrir, se cubriría de ridículo, tal vez de infamia, puesto que renunciaría á la naturaleza humana, que no admite dilacion ni escusa en el cumplimiento de los deberes políticos. El mal que esos sectarios han hecho, es incalculable; nosotros expiamos faltas que no hemos cometido.» Esta es la maldicion que, desde el destierro, arroja el republicano desgraciado sobre el socialismo que lo ha proscribido.

Mazzini, el gran Mazzini, el hombre que más calumnias ha devorado en el mundo por la causa de la libertad, atribuye la caída de la República francesa, al terror que infundió el socialismo. Si, en alguna publicacion, amnistia su serena conciencia á los socialistas, es á título de que dejen de serlo, y se limiten á predicar la libertad de asociacion. El señor Orense cuenta que vió á Ledru-Rollin en Londres. Hablaron de las desgracias de la República. Y el gran tribuno, moviendo tristemente la cabeza, le dijo: los desvarios socialistas han perdido la causa de la libertad en Europa. Víctor-Hugo, en su admirable libro del destierro, en esa obra en que su génio y el génio de Shakespeare se confunden, dice que jamás ha querido llamarse socialista. En su colosal poesía «los castigos:» donde la invectiva política contra el César llega á un límite á que no llegó nunca la invectiva de Demóstenes contra Filipo, ni

la invectiva de Ciceron contra Antonio, dice, que el pueblo ha perdido la libertad por dejarse llevar de las esperanzas socialistas que lo esclavizaban, prometiendo no libertad á su espíritu, sino hartazgo á su estómago. El imperio, el imperio; he ahí vuestra obra; gozaos en ella. Un socialista lo ha dicho.—«¿Cómo se portará César? Esta es la cuestion. De cualquier manera que sea; Saint-Simon, Fourier, Owen, Cabet, ó Luis Napoleon, estamos en pleno socialismo.» El imperio napoleónico fué vuestra apoteosis.

La verdad es que, la escuela socialista ha despreciado siempre los derechos políticos, queridos siempre por la democracia. La verdad es que, para ella, el derecho de caza y pesca vale mil veces más que el derecho de la conciencia, que la libertad del pensamiento. Así, todos los socialistas son la personificacion de la torpeza política. Víctor Considérant dedicaba su libro, su gran resumen de la teoría de Fourier, á Luis Felipe.

¿Y Proudhon? Este pensador llega hasta la anarquía en política, y á conclusiones completamente opuestas en economía. Para gobernar á los pueblos le ha robado su fórmula anárquica á la economía política, y para redimirlos su fórmula reglamentaria al socialismo. El es el escritor de los ambiciosos pensamientos y de las fórmulas atrevidas. El ha dicho: «Dios es el mal y la propiedad es el robo.» El ha explicado la ciencia económica por la dialéctica de la série; y la historia por el eterno movimiento de la extrema izquierda hegeliana. Su alma toma todos los matices de las ideas; su estilo, todos los acentos de la elocuencia. Es uno de esos génios que vienen armados de la clava de la ironía, como Voltaire. Pero, ¿de quién ha sido principalmente enemigo? De la democracia. El la ha llamado platónica; él ha dicho que era inocente. Nada ha respetado. Se ha reido de Armand Carrel á pesar de su martirio; de Lammennais á pesar de su génio; de Quinet, á pesar de que debian guarecerle de sus dieterios la santidad de la

desgracia, la majestad del destierro. El ha derramado el plomo derretido de sus sarcasmos sobre las heridas de los mártires que caian peleando en Polonia. El se ha dirigido á Mazzini, al que sostuvo la República en Roma, al que ha infundido el amor por la revolucion á la Italia, al odiado por todos los tiranos, al calumniado por todos los neo-católicos; y le ha dicho que, con su política, habia perdido á Europa y solo habia salvado su bolsillo. El se ha reido, como cualquier gacetero legitimista, de la herida de Garibaldi, y ha dicho con brutal ironía que los demócratas hacíamos una reliquia de su pierna; accion villana que le hará eternamente odioso á la democracia europea. El se ha vuelto á Lincoln, cuando el Washington de los esclavos reunia un mundo con su palabra para lanzarlo á los abismos de una guerra, solo por redimir á los negros, y le ha escarnecido. El ha dado armas á Antonelli contra Italia; á los bandidos napolitanos, contra la revolucion; á los reaccionarios, contra la democracia.

Los socialistas quieren hacer del hombre una máquina, de la vida llena de armonías y de encantos, cuando corre en el cáuce de la libertad, una geometría descarnada, seca. No quieren que demos un paso hasta que no hayamos resuelto un problema que solo pueden resolver los tiempos y la energía de la sociedad, y cuya fórmula no tienen ciertamente; porque están perdidos en las sombras. Lo primero que la sociedad necesita, es el derecho; lo primero que necesita el hombre, es la libertad. Fuera del derecho, no hay vida; fuera de la libertad no hay salvacion. Intentais que, por una parte de vuestro credo político fantástico é indescifrable, consintamos que todos los sentimientos arraigados en el corazon humano se conjuren contra nosotros; que los defensores del derecho nos entreguen al ludibrio de las gentes; que los defensores de la libertad nos arrojen de sí, como esclavos; que vayamos por el mundo sin saber á donde, recelando de la virtud de las mismas ideas que hemos

sostenido, y condenándonos á la muerte, ó al menos, á ver como los tiranos se ceban en nuestra conciencia y en nuestro espíritu; mientras nosotros disputamos sobre fórmulas vacías, tan ruidosas, pero tan infecundas como una tempestad que no llueve ni una gota de agua sobre la tierra sedienta.

Los errores capitales del socialismo provienen de confundir la sociedad con el Estado, y de creer que la sociedad tiene leyes distintas de la naturaleza del hombre, cuando no es mas que el complemento de esta misma naturaleza. Así como en el universo, los agentes mas impalpables y etéreos, la luz, el calor, la electricidad, el oxígeno, el carbono, alimentan la vida, forman los cuerpos, así las ideas, las fuerzas morales, esos agentes invisibles, pero poderosísimos, forman la sociedad, reflejo del espíritu humano, realizacion de su vida terrena en toda su plenitud. La sociedad es un ser real, objetivo, con propia vida, con leyes tan naturales é inevitables, como las leyes de la mecánica celeste. El secreto consiste en haber encontrado esas leyes. Cuando no se conocian las leyes de la naturaleza, para explicar el hombre el ruido del trueno, la caída del rayo, apelaba á la magia, arrastrábase á las plantas de las teocracias. Cuando no conocia las leyes de la sociedad, para asegurar su vida, para realizar su destino, acudia al hombre, á una falsa organizacion social, á un poder absoluto, á un derecho celeste, de origen extra-social, de origen divino. Pero, desde el momento en que el hombre conoce las leyes sociales, sabe que no son, en su fondo y en su forma, sino las mismas leyes de su naturaleza.

La ley característica de la naturaleza humana, aquella mediante la cual se distingue el hombre de todos los seres que le rodean, sujetos á una fatalidad inevitable, á fuerzas que no pueden romper, la ley primordial de la naturaleza humana, es la libertad. Por consecuencia, á medida que la sociedad sea mas justa, se aproximará mas á la naturaleza hu-

mana, y á medida que mas se aproxime á la naturaleza humana, asegurará mas la libertad. Es un error comun á absolutistas y á socialistas, el de creer que, para fundar la sociedad, el hombre necesita sacrificar su libertad. Así como en el espacio infinito caben todos los mundos, en la sociedad caben todos los derechos. Y es otro error creer que la sociedad tenga derechos contrarios á los derechos del hombre. Así como en el átomo se encuentran las cualidades primordiales de la naturaleza, se encuentran en el individuo las cualidades primordiales de la sociedad. El átomo, sin perder su naturaleza esencial y sin contrariar sus leyes, cobra mayor vida en el horno inmenso de la naturaleza, en la agregación infinita del Universo; el hombre cobra mayor vida, mas fuerza en la sociedad, en esa nueva naturaleza que lejos de robarle la libertad, la acrecienta y la consagra.

La sociedad no es el sacrificio de la libertad como creen los socialistas y los absolutistas; no es contraria á las leyes primordiales de la naturaleza humana, como creen los absolutistas y los socialistas; no tiene derechos antitéticos á los derechos naturales, como creen los socialistas y los absolutistas; sino que es la misma naturaleza humana y la misma libertad, elevadas á su última potencia. ¿Con qué derecho pretendéis dar á la sociedad una organización superior á sus propias leyes? Con el mismo derecho que los reyes absolutos, con el mismo derecho que las teocracias asiáticas; por alguna revelación superior desconocida de nosotros los mortales.

Socialistas, sois, pues, reaccionarios, y en vano intentais borraros esa marca de la frente. Nosotros queremos la sociedad con sus leyes naturales y divinas; vosotros, la sociedad con vuestras combinaciones artificiales y arbitrarias.

Estado y sociedad no son equivalentes. La sociedad vive por sí, por sus propias leyes; el Estado vive por la sociedad. En toda sociedad hay un derecho; en todo Estado una

representación del derecho. La sociedad es el ser primero, esencial, el espíritu que, como el aire, no se ve en ninguna parte, y está en todas; y el Estado no es mas que la institución encargada de la seguridad social, de velar por el cumplimiento de la justicia, por la coexistencia de todos los derechos; sin ser él, ni la sociedad, ni la justicia, ni el derecho, ni la inteligencia superior á todas las inteligencias. En la sociedad se realizan todos los grados de la vida. En la sociedad existen la ciencia, la religión, la familia, la industria, el trabajo. El Estado, ni puede crearlos, ni puede destruirlos; no puede, no debemas que asegurarlos, teniendo un poder coercitivo para lograr que su vida no se perturbe, que sus condiciones de derecho se cumplan. El Estado no tiene poder en una sociedad bien organizada, contra ningún derecho; no puede contrariar ninguna libertad. Ha de legislar, sí; pero ha de legislar, no contra el derecho, sino sobre el derecho; no para destruirlo, sino para asegurarlo; porque el derecho es anterior y superior al Estado.

Negamos al Estado derecho para negar la libertad de trabajo, la libertad de crédito, la libertad de comercio, como la libertad del pensamiento, como la libertad del sufragio, como la libertad de imprenta. El Estado puede legislar para asegurar el derecho; no puede legislar para destruirlo, porque el derecho es, en sí mismo una ley. ¿Qué diríamos de un Estado que legislase contra la atracción universal? Pues si eso es un desvarío, legislar contra la libertad es un atentado. Los socialistas, como los absolutistas, creen que el Estado es la misma sociedad. Por eso creen que el Estado va á resolver el problema social. Pues bien, nosotros creemos que el problema social se resolverá por la moral, por la ciencia, por el trabajo, por la industria; y como el Estado no es ni la moral, ni la ciencia, ni la industria, ni el trabajo, negamos radicalmente al Estado capacidad para resolver el problema social; ni aun derecho para

internarlo, si ha de sacrificar un átomo de libertad humana. Así como la sociedad fundada en nuestra naturaleza, es la sociedad más justa, el Estado que más asegura la libertad y el derecho, es también el estado más perfecto. En la sociedad viven, ciencia, arte, trabajo, industria, inconcebibles sin la sociedad. Y la sociedad delega el poder al Estado, para que represente la justicia social, y en virtud de este atributo, haga coexistir la religión, el arte, la ciencia, el trabajo, que no nacen del Estado, sino de la sociedad. Por eso, á medida que el Estado se limita á menores funciones, crece más la sociedad. Y vosotros, que os llamais demócratas, al mutilar la libertad, desconocéis la democracia; y vosotros, que os llamais socialistas, al elevar el Estado sobre el derecho, desconocéis la sociedad.

Y no hay que engañarnos, nuestros tiempos son los tiempos de la emancipación del pueblo. Así como desde el siglo quinto al siglo décimo, se extiende la edad de la teocracia; y desde el siglo décimo al décimo-cuarto, la edad del feudalismo; y del décimo-cuarto al décimo-octavo, la edad de los reyes absolutos; y del décimo-octavo á nuestros días, la edad del tercer estado, ahora comienza verdaderamente la edad feliz del cuarto estado, del pueblo. Y así como toda la historia que acaba hoy, puede calificarse con una sola palabra que diga historia de la guerra; la historia que hoy principia podrá calificarse mañana con una sola palabra que diga historia del trabajo. ¿Y no hemos de traer modificaciones saludables á esta ley del trabajo? El pária, el sudra, el ilota, el esclavo, el siervo, en una palabra, el mártir eterno que lleva sobre sus hombros el peso de la sociedad, vá á romper los últimos eslabones de su cadena. La libertad de pensar removerá hasta los más hondos senos del espíritu para encontrar una idea que apague su eterna sed, tantas veces burlada con la hiel de los sofismas. El grande movimiento político, económico, industrial

que se siente por todas partes, lo emancipará del trabajo servil por medio de la máquina, lo unirá á todos sus hermanos de la tierra por medio de la libertad de comercio, abrirá las fuentes de la prosperidad por medio de la libertad del crédito, centuplicará sus fuerzas, sus recursos, sus ahorros por medio de la libertad de asociación. A esto se unirá como un alivio la abolición de las quintas que le quitan brazos, la abolición de la enseñanza privilegiada que le quita luz, la abolición de funestos arbitrios, residuo de la Edad Media, que le quitan pan. El principio de asociación, sobre todo, es fecundísimo en bienes para el pueblo. La asociación añade fuerzas al obrero, le salva en las crisis económicas, le socorre en sus enfermedades, le arma contra los intereses contrarios, y le sostiene en la vejez, cuando se agotan sus fuerzas, y sus propios ahorros no bastarian á alimentar los últimos instantes de su vida. Así como la asociación ha producido las letras de cambio, los billetes de Banco, las acciones de la deuda pública, los ferro-carriles, fecundando la propiedad, producirá, indudablemente mañana, cuando tenga toda su latitud, inmensos beneficios al trabajo. Las fuerzas sociales contribuirán á este fin sin necesidad de herir el derecho individual. La propiedad y el trabajo son dos términos correlativos é indispensables en toda sociedad. No los hagais contradictorios, cuando mutuamente se necesitan, negando al trabajo los derechos políticos que dais á la propiedad. El trabajador debe confiar en que la libertad mejorará su condición social. Y sobre todo, no debe volver los ojos al Estado para pedirle un pedazo de pan que el Estado no podría darle sino empapado en hiel, y á cambio de lo más necesario á la vida, de la libertad, del derecho. Después de la última crisis de la revolución francesa, difundíendose en los aires la idea de que todos los derechos políticos podrian cambiarse por un pedazo de pan, díjosele al pueblo que le importaba poco vivir en la genmo-

nia del esclavo con tal de tener lleno el vientre. El derecho para el pueblo debía estar reducido á una buena digestion. Un hombre funesto, coronado con los resplandores de gloria que centelleaba desde su sepulcro aquel génio inmortal de las batallas, cuyo acero cargado de electricidad llenó de tempestades el aire y de sangre el suelo de Europa, un hombre funesto, decíamos, se presentó, y halagó al obrero y le prometió, á cambio de su libertad, pan, y fundó una dictadura que se decía encaminada al bien del pueblo como si hubiera bien sin dignidad, vida sin honra. Y el pueblo de París vió levantarse magníficas viviendas para que él las habitara; caer toda la antigua ciudad para que él tuviera trabajo; iluminarse las orillas del Sena con iluminaciones fantásticas para que él se divirtiera y regocijara; humillarse á sus piés en las conferencias diplomáticas, Inglaterra, en las contiendas guerreras Rusia, para que él se creyera dueño de la gloria, rey de la tierra. Pero, ¿cuánto ha durado la fantasmagoría? Esa ciudad de París tan hermosea y enriquecida, llena de jardines, que embalsaman los aires, de fuentes que la arrullan, de estatuas que la enorgullecen, de inmensas plazas, donde envían como á la antigua Roma sus representantes todas las gentes, sus embajadores, todos los pueblos; se ha sentido herida y avergonzada como la esclava que el gran señor aherroja con grillos de oro al serrallo, y poniendo en las manos de sus hijos, de sus adulados obreros la bandera de la democracia, ha dicho al César con el gran poeta de la revolucion; detesto tus orgías que me envilecen y quiero la libertad.

El problema social es eterno. Está en el Oriente, en Atenas, en Roma, en los municipios de la Edad media, en las monarquías absolutas, en las monarquías constitucionales. Para resolverlo, es necesario apelar á todas las leyes de la vida. Se engaña la política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se

engaña la economía política, cuando cree que lo resolverá ella sola; se engaña hasta el sentimiento generoso de la caridad, cuando se cree capaz de resolverlo. Resolveránlo todas las fuerzas sociales, todas, arte, ciencia, industria, propiedad, trabajo, todas. Pero no lo resolverán definitivamente. La política tiene fórmulas definitivas. La libertad de imprenta, el derecho absoluto de asociacion, la separacion entre la Iglesia y el Estado, todas estas reformas son definitivas. Pero el bienestar material de los pueblos, admite muy diversos grados de extension, es un problema que depende, en verdad, de muchas relaciones. ¿Cómo se resuelve? Dejando en libertad todas estas relaciones, para que por su propia virtud traigan el mejoramiento de las clases que padecen. El Estado no tiene más medio que explotarlas para redimir las. Las gotas de sudor del pobre, no se convierten en nueva vida cuando caen sobre las arcas del tesoro; se evaporan como gotas de agua caídas sobre un voraz incendio. El Estado no puede ocurrir al remedio del pueblo sin dinero; no puede tener dinero sin tributos; y no puede recoger los tributos sin oprimir y empobrecer al pueblo. Por eso, en nombre de los derechos, en servicio de los intereses del pueblo, condenamos el socialismo. Las asociaciones libres han inventado el vapor, han extendido el telégrafo; y las obras de esos estados en que tanto confían los socialistas, se pueden medir por las pirámides tristes de huesos humanos con que han cubierto la tierra.

Resumamos: 1.º La sociedad es un sér real. 2.º Sus leyes son las leyes mismas de la naturaleza humana. 3.º El fundamento de la sociedad es el derecho. 4.º Por el derecho, el hombre será, en sociedad, tal como es por su naturaleza. 5.º El Estado es el representante de la unidad social, y el órgano de la justicia y el que asegura los derechos de todos. 6.º Ora sea el Estado democrático una delegacion, como en los Estados-Unidos y Suiza; ora, si

fuese posible, el gobierno directo del pueblo, no tiene derecho contra el derecho. 7.º No puede, pues, suprimir ni mutilar ninguna de las libertades, ni políticas, ni económicas, ni sociales. 8.º Si legisla sobre ellas, debe ser para asegurarlas, no para restringirlas, ni mucho ménos para negarlas. 9.º El problema social no puede resolverse por el Estado. 10.º La democracia no puede ofrecer, para resolverlo, mas que la libertad de pensamiento, que lo estudie; el sufragio universal, que arme de sus derechos al pueblo; la libertad de trabajo, la libertad del crédito, la libertad del cambio, que ha de fundar grandes relaciones sociales; y sobre todo, la libertad de asociacion.

Si nosotros nos creyéramos con derecho á dirigirnos al pueblo, habíamos de decirle: No te fies de remedios que no sean tus propios derechos. No creas en los curanderos sociales. Busca la justicia y el bien te se dará por añadidura. Lucha noblemente por la libertad, y antes que todo piensa en ser hombre, ya que solo has sido esclavo. La libertad ha depositado entre el lodo de las lagunas esa perla que se llama Holanda, entre las selvas inexplorables del nuevo mundo esa República que se llama los Estados-Unidos. No admitas cadenas aunque sean de oro, que no el metal, sino el peso te esclaviza. No admitas monopolios aunque se encubran bajo el nombre de tu interés. La libertad te dará un nuevo espíritu, y en ese espíritu de justicia, el caos social obedecerá á tus palabras y nacerá una nueva sociedad que sea la tierra de todos los hombres y el cielo de tus derechos.

Socialistas: ¿Cómo vais á legislar sobre la propiedad? ¿Cómo vais á organizar el trabajo? ¿Cómo vais á evitar la libre concurrencia? ¿Cómo vais con un criterio, con un derecho superior al criterio, al derecho democrático, que es la libertad de asociacion, cómo vais á armonizar el capital con el trabajo? ¿Cómo vais á organizar el crédito, puesto que la organizacion natural de la libertad no os place? ¿Cómo

vais á regular el cambio, puesto que la libertad de comercio no entra en los derechos individuales? Vereis como se encuentran en esta alternativa, ó tienen que apelar á la libertad, á las leyes naturales de la sociedad, en cuyo caso su socialismo se desvanece como el humo; ó tienen que violar la libertad, que perturbar las leyes sociales, que llamar justicia á su criterio individual y arbitrario, en cuyo caso su sistema es un ensueño más, una utopia más, un delirio más, de esos que solo han servido para aumentar la fiebre de los pueblos, y postarlos en tal abatimiento, que llegan hasta olvidarse de sus derechos. No hay justicia contra la justicia; no hay derecho contra el derecho; no hay, pues, justicia ni derecho que puedan nacer de la negacion de la libertad.

El presente siglo puede definirse con una sola palabra: es el siglo de la aparicion del pueblo en la escena política. Así como todas las revoluciones primitivas del globo se encaminaban á preparar la aparicion del hombre en la tierra, todas las revoluciones de tres siglos á esta parte se encaminan á preparar la aparicion del pueblo en la sociedad. La unidad de las nacionalidades vino á matar las aristocracias políticas; la imprenta vino á matar las aristocracias científicas; la revolucion vino á esculpir en el espíritu, la idea sagrada del derecho universal y humano; y todos los adelantos de las artes, de la industria, de la ciencia; todas las conquistas, todos los hechos capitales, como el Renacimiento, la paz de Westphalia, la América libre, la declaracion de 1789; todos los hombres mayores de la historia, como Napoleón, Washington, Danton, todo lo que ha habido de grande en ciencias, en artes, en política, ora impulsándolo, ora resistiéndolo, han contribuido á este movimiento, á cuyo término se encuentra la aparicion del pueblo en la escena política, y la consagracion de sus derechos.

Pero yo creí siempre que la aparicion del elemento democrático en la sociedad mo-